

Ignacio Pajón Leyra

Escépticos

Los filósofos de la mirada atenta



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: marzo de 2026

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Javier Ayuso

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Ignacio Pajón Leyra, 2026
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2026
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

ISBN: 979-13-7009-181-1
Depósito legal: M-132-2026
Impreso en España - *Printed in Spain*

Índice

II	Introducción
25	1. Filosofía para tiempos de crisis
25	¿Qué significa «ser escéptico»?
37	El malestar en la cultura helenística
44	La naturaleza del helenismo
49	Las escuelas helenísticas
54	Escepticismo y desubicación
62	La duda y la creencia
66	¿Ser felices dudando? Certeza y felicidad
78	¿Qué duda el escéptico? El problema de la justificación del conocimiento
90	La cuestión del criterio
96	2. Las raíces del escepticismo
96	El punto de partida
100	Los primeros indagadores: de Homero a Heráclito
109	La crítica de la tradición en Jenófanes y Parménides
117	Los sofistas como cuestionadores
121	Protágoras y la verdad
127	Gorgias y la mentira
140	Sócrates no sabe nada
145	Los filósofos del vacío

- 157 3. Los grandes escépticos de la Antigüedad
- 157 Pirrón, el imperturbable
- 171 Pirrón y la física
- 182 Timón, el satírico
- 187 Escepticismo en la Academia
- 200 Arcesilao, el filósofo-quimera
- 235 Carnéades: un escéptico ante el Senado romano
- 248 El final de una época: Clitómaco de Cartago
- 251 La expulsión de los escépticos
- 260 4. El escepticismo renacido
- 260 Los desconocidos filósofos-médicos
- 269 Aprender a argumentar: Enesidemo y los tropos
- 284 El trilema de Agripa
- 303 Sexto Empírico, maestro de la duda
- 323 Epílogo. Ser o no ser escéptico

El mayor enemigo de la verdad no es la
mentira, sino la ilusión de saber la verdad.

MICHEL DE MONTAIGNE

Introducción

Nuestro tiempo es una época necesitada de escepticismo. La vieja noción de «verdad», entendida como la correspondencia entre lo que pienso que ocurre y lo que realmente ocurre, hace mucho que ha entrado en crisis; los cambios se suceden a un ritmo trepidante que apenas nos permite acostumbrarnos a la constante irrupción de lo nuevo; muchas voces distintas se alzan en el discurso público reclamando tener la razón con argumentos y relatos incompatibles entre sí; y hasta las cosas más sencillas, que hace poco se daban por evidentes, resultan cada vez más borrosas y menos claras. Vivimos una época, a la vez, capaz de desconcertarnos y deseosa de dogmatizarnos. Y ante una situación como esta, nada parece más necesario (y prudente) que adoptar una sana actitud crítica.

En un contexto como el del presente, por todo lo anterior, resulta imprescindible no solo dudar, sino dudar

bien. Saber cómo y cuándo aplicar la duda. Saber qué poner en cuestión y qué no. Y para ello puede que sea una herramienta útil fijarnos en los grandes maestros de la duda que nos precedieron. Por novedoso que nos parezca todo lo que vivimos en nuestro tiempo, siempre podremos encontrar a alguien en épocas anteriores que tuvo una inquietud de algún modo parecida y que pensó algo de lo que nosotros hoy podemos aprender. Y para estas cuestiones que hoy nos asaltan, para esta desorientación y este peligro de fanatizarnos que hoy vivimos, puede que el mejor escenario en el que buscar lecciones del pasado sea el que supuso en época helenística el surgimiento del escepticismo.

Hay muchas formas de escepticismo diferentes y muchos sentidos en los que podemos emplear ese término, pero quizá el que con más motivo debería reclamar nuestro interés es el primero de todos ellos, el original, el que más atrás se sitúa en el tiempo: el escepticismo de los antiguos griegos. Este libro va a centrarse en ese sentido del escepticismo: el que propusieron los pensadores más radicalmente críticos del mundo antiguo como respuesta a su propio contexto de crisis. Y por eso, en las páginas que el lector encontrará a continuación, el eje alrededor del cual girará el discurso es esa corriente filosófica a la vez misteriosa y fascinante que tomó como su misión cuestionar todo lo que fuera posible poner en duda. Por supuesto, ha habido muchas formas de escepticismo después de que concluyese la época antigua, y tiene sentido que nos asomemos en ocasiones a los aportes y las

reflexiones de los escépticos de la Modernidad y los de nuestra propia época. Muchas veces, de hecho, estos aportes posteriores podemos interpretarlos como desarrollos de los planteamientos originales que nos dejaron los escépticos griegos y romanos. Y, por ese motivo, dejar fuera de este libro todo lo que tuviera lugar después del final de la época antigua sería un error que podría reducir el alcance y el interés de los temas tratados. Pero el centro de la argumentación será, en la gran mayoría de las páginas que siguen a esta introducción, el antiguo escepticismo griego.

Esta peculiar forma de pensamiento nació en los inicios del helenismo, poco después de la muerte de Alejandro Magno, y desapareció más o menos con los cambios sociales que anunciaban la llegada de la Edad Media. Las figuras principales que desarrollaron esta corriente intelectual hoy nos son muy poco conocidas. De la mayoría de ellos apenas tenemos noticias. Sabemos que fueron filósofos muy incómodos para sus contemporáneos. Los conocemos principalmente por textos que los tratan como peligrosos y problemáticos. Y el motivo de esa actitud beligerante contra ellos con la que han solido ser descritos y expuestos es bastante evidente: los antiguos escépticos fueron, antes que nada, refutadores. Su tarea no consistió tanto en crear nuevas teorías como en desmontar las teorías de los demás filósofos si encontraban la manera de mostrar que eran injustificadas. De modo que hemos de pensar en ellos como destructores y cuestionadores más que como autores de propuestas, pero

eso no les quita importancia filosófica. Para cualquier otro pensador del mundo antiguo, encontrarse con un escéptico suponía inevitablemente afrontar un reto. Ante el escéptico, es imprescindible perfilar mejor la propia propuesta, asentar mejor los argumentos, definir de maneras más precisas. Porque el escéptico siempre está dispuesto a buscar las fallas más inapreciables y poner a prueba la estabilidad y coherencia de las teorías que escucha.

El escepticismo inicial formó parte de un contexto muy concreto: el que se da en la frontera entre la época clásica y la helenística. Será importante aclarar este marco para comprender bien el alcance y el sentido de esta forma de filosofía tan poco habitual. En aquel momento había, principalmente, seis «fuerzas vivas» interactuando en el debate filosófico. En primer lugar, permanecían como escuelas activas y vigentes dos de las que habían tenido su nacimiento en la etapa anterior: la Academia de Platón y el Liceo de Aristóteles. Ambas tuvieron su propia evolución en la época, pero nunca perdieron su *naturaleza clásica*. Me refiero al hecho de que sus intereses principales, de profunda carga teórica, respondieron siempre a las grandes preguntas ontológicas, lógicas, físicas y políticas del periodo clásico ateniense. En segundo lugar, encontramos dos escuelas nuevas, nacidas ya en el mundo helenístico, que serán el estoicismo, fundado por Zenón de Citio, y el Jardín, la escuela de Epicuro de Samos. Sus intereses, a diferencia de los de las dos escuelas anteriores, responderán a la problemáti-

ca social de los nuevos tiempos, y por ello debatirán con más frecuencia entre ellas que con las escuelas de origen clásico. En tercer lugar, encontramos a los cínicos, peculiares pensadores contestatarios y algo marginales que tendrán vigencia durante todo el helenismo y la época romana en las grandes ciudades de la mitad oriental del Mediterráneo. También estos filósofos serán profundos cuestionadores de lo asumido, pero solo en temas de carácter social, por lo que su crítica pocas veces se cruzará con la crítica escéptica, más centrada en los problemas del conocimiento. Y por último, por fin, encontramos a los propios escépticos. De ellos no podemos decir que sean una «escuela», dado que no tienen doctrina propia, sino que más bien tendremos que decir que fueron una «corriente filosófica». Y tuvieron un periodo de vigencia casi tan amplio como el que tuvieron los cínicos, aunque de manera principal encontramos figuras importantes de esta corriente hasta bien entrado el siglo segundo de nuestra era.

En casi todas las formas de filosofía que nacieron ya en la etapa helenística se dejó sentir con mucha fuerza la herencia socrática. De un modo u otro, para todo este tiempo Sócrates fue considerado un gran referente intelectual, e incluso llegó a ser adoptado como el modelo ideal del sabio. Y esto es de especial importancia en el caso del escepticismo, que no podría haber llegado a existir sin el antecedente que supone Sócrates, su actitud interrogadora y refutadora, sus constantes preguntas, su nulo afán de ser considerado un «maestro» y, muy espe-

cialmente, su más conocida frase: *solo sé que no sé nada*, que se convertirá en lema e inspiración para los pensadores antidogmáticos de las siguientes generaciones. El escepticismo, como veremos, puede entenderse como una reinterpretación de ese reconocimiento socrático de la ignorancia; una adaptación a los nuevos tiempos de las consecuencias de admitir el no-saber.

Las escuelas filosóficas de esta etapa recurren con frecuencia a la figura del sabio en sus planteamientos. ¿Qué haría un hombre sabio ante tal o cual situación? ¿Cómo se comportaría ante este o aquel dilema moral alguien que de verdad tuviese sabiduría práctica? Las propuestas éticas no se exponen en esta etapa solo a través de teorías en las que las máximas de comportamiento se deducen de los principios teóricos de la escuela. La ética es una cuestión eminentemente aplicada, y para que sea puesta en práctica a menudo es más efectivo que argumentar deduciendo, hacerlo a través de la creación de un modelo paradigmático del comportamiento que se propone. Por ese motivo casi todas las formas de filosofía helenística tienden a mostrar al mundo su propuesta ética a través del ejemplo más que de la formulación de grandes argumentaciones teóricas. Y el mejor tipo de ejemplo, para esto, es el que supone un modelo de sabio idealizado del que puedan relatarse ocasiones en las que puso en ejercicio su sabiduría. Crear retratos del sabio ideal y transmitirlos mediante anécdotas capaces de ejercer de ejemplos, casi de parábolas, es, de este modo, uno de los medios más eficaces y más frecuentemente em-

pleados para tratar de establecer un comportamiento concordante con la filosofía de cada escuela en esta época. Pues bien, en el caso del escepticismo, ese recurso al sabio se basa en una interpretación muy concreta de la sabiduría: el sabio es el que es consciente de que no sabe, como Sócrates lo era. El modelo de hombre prudente, lo que Aristóteles llamaba el *phrónimos*, es, para los escépticos, el prudente respecto a sus afirmaciones porque sabe que no conoce nada con la suficiente certeza como para afirmar tajante y dogmáticamente nada.

Cínicos, estoicos y epicúreos coinciden en algunos de los rasgos que destacaban de sus propios modelos de sabiduría: el hombre sabio es austero y sencillo, se caracteriza por su autodominio, no se deja llevar por las pasiones y no cae en los excesos. Y por ello –con las diferencias correspondientes a las distintas teorías ético-sociales de cada una de estas corrientes– solo el sabio es feliz. El modelo de sabio escéptico también es concebido como el único ser humano capaz de llegar a ser feliz, pero no por su austeridad y sencillez en las costumbres, sino en las creencias; no por dominarse a sí mismo respecto de las pasiones, sino respecto de las pretensiones de saber. Lo que el sabio escéptico mantiene siempre bajo control es la tendencia natural (que todos tenemos en mayor o menor grado) a creernos que sabemos más que los demás, que estamos en lo cierto y que nuestra opinión es verdadera.

El escepticismo puede entenderse de entrada como la actitud opuesta a la de quien cree que lo sabe todo. Como Sócrates, el escéptico sabe que no sabe nada. Pero

va incluso más allá de eso porque mantiene en todo momento una actitud negativa respecto de la posibilidad de alcanzar un conocimiento verdadero de la realidad, una actitud que en Sócrates no parece haberse dado. Esta actitud comporta varias consecuencias: en primer lugar, el escéptico no cree que pueda conocerse la verdad acerca de nada de manera indubitable. Esto se debe a que ningún criterio le parecerá capaz de indicarnos con seguridad si un supuesto conocimiento nuestro es verdadero o es falso. Y en segundo lugar, dado que no encontramos criterio que nos permita separar lo verdadero de lo falso, lo único razonable que podemos hacer es abstenernos de juzgar sobre la verdad y la falsedad. El sabio escéptico, por tanto, ni afirma ni niega; lo único que puede hacer sobre las afirmaciones y negaciones posibles es, como técnicamente dicen estos filósofos, «suspender el juicio».

Valga esta primera aproximación como panorama de lo que define y caracteriza al escepticismo antiguo en general. Más adelante en estas páginas, como es lógico, tendremos que volver a tratar muchas de las características que acabamos de exponer para matizarlas, precisar más los términos o completar sus rasgos distintivos. Pero por ahora esta inicial caracterización nos permite vislumbrar el modo en que el escepticismo aparecía ante los ojos de sus contemporáneos: el sabio escéptico es, como Sócrates, consciente de su ignorancia; pero, a diferencia de Sócrates y de la mayoría de los socráticos, el escéptico no tiene esperanzas de llegar a salir de ese estado,

ni tampoco confía en que lo hagan los demás. Su apuesta va a ser, más bien, construir una filosofía carente de saberes, carente de tesis sustantivas; una filosofía, en definitiva, sin teorías. Y por todo ello el sabio escéptico es alguien que siempre interviene en el debate para llevarnos la contraria.

A lo largo del tiempo, como veremos, el escepticismo adoptará diferentes configuraciones. Aunque no todos los especialistas están de acuerdo en esto, en general se acepta que conviene distinguir tres momentos en el desarrollo del escepticismo: un escepticismo inicial que señalaría las grandes consecuencias de que las cosas no parezcan ser de un modo determinado, un segundo escepticismo más epistemológico y, en cierto sentido, moderado, que considerará imposible conocer las cosas de manera absoluta pero admitirá ciertas formas de entender que unas cosas son más probables que otras, y un escepticismo final, de tipo radical, que negará que podamos saber nada en absoluto sobre la naturaleza de las cosas. El primer escepticismo dirá la tradición que es el que formuló Pirrón de Elis poco después de la muerte de Alejandro Magno. Pirrón no dejó nada escrito y no fundó ninguna escuela en sentido institucional, pero tuvo un discípulo llamado Timón por cuyos textos llegó a difundirse esta forma de pensamiento. El segundo tipo de escepticismo lo constituye el llamado «escepticismo académico», es decir, el sorprendente escepticismo de los platónicos. La Academia platónica adoptó, en efecto, puntos de vista escépticos en una buena parte de su

decurso por la época helenística, y dos de sus directores, Arcesilao y Carnéades, pasan por ser dos de los filósofos escépticos más destacados de todos los tiempos. Tendremos que tratar con detalle en su momento cómo es posible que los platónicos se hicieran escépticos en esta época, en especial habida cuenta de los esfuerzos que había dedicado Platón a conformar una teoría consistente del saber y a separarlo netamente de la opinión. Una de las claves de este acontecimiento histórico que podemos adelantar ya es el hecho de que Platón escribió, como es sabido, muchas obras muy distintas entre sí. Y a lo largo del tiempo en la institución académica se puso el acento en partes diferentes de esa extensa producción textual a la hora de construir la explicación del platonismo. La teoría platónica no será igual si, por ejemplo, consideramos nuclear el texto de la *República*, obra de madurez, o si prestamos atención preeminente al más autocrítico diálogo tardío titulado *Parménides*. Y tampoco será igual si nuestra lupa cae sobre los textos de juventud, más profundamente socráticos, llenos de preguntas y, por lo general, poco dados a alcanzar conclusiones. El personaje de Sócrates que aparece en estos diálogos, centrado en refutar las tesis de sus interlocutores, pudo ser tomado por una suerte de escéptico él mismo, y facilitó que la visión escéptica del conocimiento se asentase en la escuela sin provocar ruptura alguna en el seno de la institución. Por último, a partir del siglo I antes de nuestra era, aparecerá una última encarnación del escepticismo en la Antigüedad que adoptará el nombre de «escepti-